

JUSTO.—Yo, no. ¡Candelas! ¡Candelas!

SALOMÉ.—Pues usted sabrá hasta dónde vamos...

JUSTO.—¡Yo lo sabré...! ¡Candé...!

ESCENA XX

DICHOS: CANDELAS Y SANTOS por la derecha

CAND.—(*Sonriente.*)—¿Papá?

—JUSTO.—¿Has ido tú al estudio de Ramoncho? ¡Respondel! ¡Respondel! ¡¡¡Sí!!!

(*Le echa las manos al cuello; interviene Salomé y Santos, escapa Candelas por la derecha.*)

SANTOS.—¿Tú estás loco? ¿Qué ibas a hacer?

JUSTO.—No lo sé, no lo sé... Pero hicistes bien quitándomela de las manos... (*A Salomé.*)

¿Qué aguarda usted aquí todavía.

SALOMÉ.—Una respuesta.

JUSTO.—Pues ya lo sabe usted. ¡Que no! ¡Por bien, no quise; por mal no quiero tampoco!

SALOMÉ.—Usted resolverá lo mejor; pero no olvidé usted, don Justo, que el mal, cuando llega, no pregunta jamás si quieren o no quieren recibirlo.

(*Mutis Salomé por el foro.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ASUNCIÓN sentada, pensativa, MARCELINA por la izquierda.

MARC.—¿Qué haces, Asunción?

ASUN.—Nada, mamá.

MARC.—(*Sentándose a su lado*)—Mal van tus asuntos...

ASUN.—Ya se arreglarán: lo esencial es que no os disgustéis más vosotros.

MARC.—¿Más? ¡No sé cómo! Llevamos un mes que esta casa es una maldición.

ASUN.—¡Mamá!...

MAR.—¡Dios me perdone! ¿Pero tú no lo ves? Candelas, escondida, para que su padre no la mate, y diciendo a cada minuto que se va a matar ella si esto no se resuelve pronto: tú llorando día y noche; Antonio, enfermo; yo, me paso la vida asustada; Justo, anda como una fiera; y el pobre don Santos, como una liebre, mirando a

todos los muebles, para agazaparse en cuanto oye ruido .. ¡Esto no es vivir!

ASUN.—Lo peor...

MARC.—Lo peor es todo. Y así que Justo da media vuelta ya tenemos a Ramoncho dentro de casa.

ASUN.—No le dejes entrar si no quieres.

MARC.—¿Sabes lo que me respondió cuando intenté oponerme? «Por usted—por mí...—tranquilo con estos escondites y con estos aplazamientos, pero como yo no me fío de don Justo, el primer día que no me dejen ver a Candelas vuelvo con el Juzgado y me la llevo depositada». ¿Voy a ir al escándalo, que es lo que tratamos de evitar?...

ASUN.—Pues si Papá lo encuentra en casa...

MARC.—¡Esa es otra! Ramoncho me juró que le buscará las vueltas, que se marchará cuando yo se lo mande, pero que si a pesar de todo lo tropieza, y él se propasa, lo ahoga.

ASUN.—¿A papá?

MARC.—A papá, hija. Tú verás como de ésta nos ahogamos todos...

ASUN.—¡Pero eso no es posible! A todo trance hay que evitar que se encuentren...

MARC.—Claro, hija, claro.

ESCENA II

DICHAS: SANTOS por el foro.

ASUN.—Por que sería...

MARC.—(*Sobresaltándose.*)—¿Quién es?

ASUN.—(*Aparte a Marcelina.*)—La liebre.

MARC.—Pase, don Santos, y perdone. Estoy inquieta y todo me sobresalta.

SANTOS.—(*Que al respingo de Marcelina retrocedió asustado.*)—Y a mí, señora. La Naturaleza ha debido cometer algún error en mi confección personal, porque no es verosímil que destinaran para un mismo individuo este cerebro audaz y este corazón temeroso.

ASUN.—Pues no se meta en dibujos si no puede...

SANTOS.—No hay manera de evitarlo. En fin, ya sé que mi destino es morir en un susto de esos, pero me conformo.

MARC.—Afortunadamente, parece que el destino no tiene mucha prisa en cumplirse, a juzgar por la edad de usted.

SANTOS.—Represento más...

MARC.—Me consta. ¿Hizo usted mi encargo? ¿Habló con Salomé?

SANTOS.—Sí. A las cuatro en punto fui a su casa, llamé, abrió la puerta una criada de teatro...

ASUN.—¿Cómo de teatro?

SANTOS.—Muy limpita y muy arregladita. Y a los pocos minutos me recibió la misma doña Salomé, por quien no han pasado años en estos días que no la he visto.

MARC.—Abrevie. ¿Vendrá?...

SANTOS.—Sí, pero he tenido que vencer una resistencia feroz. En cuanto me vió, lo primero que hizo fué insultarme. ¡Bueno, ya iba yo a eso!... Después insultó a Justo. ¡Bueno, en eso tiene razón! Dijo que era... ¡no lo quiera usted saber! y que yo era también... ¡no lo quiera usted saber! Demasiado es que lo sepa yo, que voy a tardar ocho días en digerir la semblanza.

MARC.—¿Pero vendrá conciliadora?...

SANTOS.—Eso que no. Que viene con su genio porque no va a tomar otro para una sola visita.

MARC.—¡Ay Santos!

SANTOS.—Que no le merece Justo ninguna consideración ni tiene por qué guardársela, y que le dirá todo lo que sea menester y un poco más.

MARC.—¡Ay Santos de la corte celestial!

SANTOS.—(A mitad de frase)—¿Qué?...

ASUN.—Ahora es con otros santos.

SANTOS.—Lo he visto al concluir. (A Marcelina.) ¡A qué comisiones me mandan ustedes! Vaya todo por el cariño que les tengo... Y también ese infeliz de Pedro me daba una comisión agradable. ¡Quieren llevárselo a un asilo y el hombre se rebela!

ASUN.—¡Hace bien!

SANTOS.—Y quiere que Justo lo socorra de un modo permanente.

ASUN.—¡Tiene razón, caramba, que ha llevado toda su vida en esta casa!

SANTOS.—Eso le dije yo: ¡Tiene usted razón, Pedro! ¡Ahora, que yo no se lo digo a don Justo ni por teléfono!

ASUN.—Pues se lo dirá Pedro mismo.

MARC.—Todas las tardes viene...

SANTOS.—Y no le reciben.

ASUN.—Pues hoy le recibirá y yo le traeré de la mano; que ustedes se complacen injustamente en pintar a papá como un ogro.

SANTOS.—Y no lo es, no; pero díselo tú...

ESCENA III

DICHOS: CANDELAS por la izquierda.

CAND.—¿Has hablado con la tía Salomé, padrino?

MARC.—(*Levantándose espantada.*)—¡Márchate, Candelas, no vaya a venir tu padre!

CAND.—¿Qué ha dicho?

SANTOS.—Que sí, que vendrá.

MARC. ¡Vete, por Dios!

SANTOS.—¡Vete, ahijada, vete!

CAND.—¡Es una injusticia el que me tratéis así, que yo no he cometido ninguna maldad!

MARC.—¡Que puede venir tu padre!

CAND.—¡Que venga! ¡Yo no quiero andar huída como un criminal!

MARC.—Bien, bien; márchate ahora...

CAND.—¡Madre, yo no vivo más de esta manera! ¡Si hoy no cede, de casa es de donde me marcho hoy!

MARC.—Sí, sí; pero vete ahora...

ASUN.—Ven, Candelitas, ven...

(*Empujada por la madre y llevada por Asunción; mutis Candelas.*)

ESCENA IV

MARCELINA Y SANTOS

MAR.—¿Qué le parece a usted?...

SANTOS.—Que tiene razón.

MARC.—(*Sorprendida.*)—¿Quién?

SANTOS.—(*Recogiendo velas.*)—Eso no lo sé... Pongamos que todos: Justo para rabiarse; usted para desconsolarse; Candelas para marcharse de casa y yo para no volver en un año.

MARC.—¡Pero esto no puede continuar así!

SANTOS.—Evidentemente que no.

MARC.—Don Santos, hágame usted el favor de hablarle a Justo.

SANTOS.—No, no; yo aún no me repuse de doña Salomé.

MARC.—Hay que convencerle de que la boda es inevitable...

SANTOS.—Convencido ya lo está.

MARC.—Y entonces, ¿por qué no se decide?...

SANTOS.—Por que le pasa lo que a los guitarristas, que ya saben tocar, ya; pero hasta que templan y tocan...

(*Castañetea los dedos y silba.*)

MARC.—Pues no hay más remedio que afron-

tar la situación antes de que vengan mayores males sobre nosotros; yo sé que no duerme; yo sé que no puede trabajar... ¡Háblele, don Santos!

SANTOS.—No, no...

MARC.—Le hablaré yo: después de todo no me va a comer.

SANTOS.—No. Cuando ya no lo ha hecho...

MARC.—Y sería un cargo de conciencia el prolongar este silencio, que perjudica a la honra de Candelas y que a todos nos trae desasosegados y nerviosos... *(Interrumpiéndose.)* ¡Ahí viene, háblele usted!

SANTOS.—*(Queriendo largarse)*—Habíamos quedado...

MARC.—No tenga usted miedo.

Detiene a Santos y marcha ella por la izquierda.

SANTOS.—¡Pero señora!... ¡Qué egoístas son las mujeres! ¡Hasta el miedo lo quieren para ellas solas!...

(Una pausa hasta que Santos se tranquiliza y sonríe.)

ESCENA V

SANTOS: JUSTO por la derecha

JUSTO.—*(De gabán, sombrero de copa y con*

un gran sobre en la mano; al hablar lo dejará sobre una mesa o una silla.)—Hola, Santos...

SANTOS.—¿Vas a salir?

JUSTO.—Un momento al despacho. ¿Quieres algo?

SANTOS.—Nada. Es decir, yo creo que tienes tú razón, muchísima razón...; pero contra los hechos consumados no tiene razón nadie, Justo, nadie.

JUSTO.—*(Mirándolo fijamente.)*—¿Qué más?

SANTOS.—Ahora debías decir tú algo para animarme...

JUSTO.—¿Y qué necesidad tengo de oírte lo que estoy pensando a todas las horas y en todos los minutos? Que debo ceder, ¿no es verdad? Que es preciso, que es forzoso, que es inevitable el ceder... ¿no es verdad?

SANTOS.—Eso es, sí: veo que al fin se impone tu buen juicio...

JUSTO.—¡No es un buen juicio, no: que en el corazón mío no hay más que cólera y despecho, por tener que doblegarme ante la inutilidad de esta lucha!... *(Abatido)* Reconozco que acaban conmigo, que no tengo una hora de reposo, que no duermo, que no discuro con claridad en los negocios, que me pesan los años... ¡que

acaban conmigo Santos, y antes que el demonio se lo lleve todo, que se los lleve a ellos nada más!

SANTOS.—¿Y consientes?

JUSTO.—¿De todas maneras hay que casarlos? Pues que se casen.

SANTOS.—(Abrazándolo.)—¡Bien, Justo, bien!

JUSTO.—(Con amargura.)—Ya ves qué pronto me convenciste... ¡Resolvámoslo de una vez: llégate a casa de esa señora, de esa Salomé, y dile que venga para tratar de las condiciones en que yo exijo que se haga la boda.

SANTOS.—Precisamente da la coincidencia de que hoy la he visitado.

JUSTO.—(Con ira.)—¿Andas en recados? ¿De correvidile?...

SANTOS.—Permite una observación... Si el andar en recados de amigos es denigrante... ¿por qué me mandas tú a uno?

JUSTO.—(Humilde.)—Dispensa...

SANTOS.—(Galleando.)—¿O es que únicamente los tuyos me favorecen? ¡Caray con la pretensión!

JUSTO.—No te incomodes, te lo ruego. Estoy muy vidrioso de carácter, es cierto, pero comprende un poco que he llegado a consentir en

esa maldita boda, renunciando a mi orgullo, a mis conveniencias y a mis cariños, sin haberme hecho muchas heridas dentro de mí mismo... y no haga el diablo que pagues tú las culpas que no tienes.

JUSTO.—(Espantado.)—Bastan esas leales explicaciones...

JUSTO.—¿De modo que fuiste a ver a Salomé?

SANTOS.—Fuí a verla, me recibió muy afectuosa... (Recapacitándolo.) Sí, muy afectuosa, y la expuse mi idea.

JUSTO.—¿Tu idea, de quién era?

SANTOS.—De Marcelina.

JUSTO.—(Riendo, a pesar suyo)—Bien, Santos, bien...

SANTOS.—Y la he persuadido para que venga nuevamente a rogarte...

JUSTO.—Lo que ha de ser, que sea. Volveré en seguida...

SANTOS.—Te felicito con toda mi alma. Si quiera tendréis paz...

JUSTO.—Algo es...

(Mutis Justo por el foro.)

SANTOS.—(Cuando desaparece Justo, llamando por la izquierda.)—¡Marcelina, Marcelinal!

JUSTO.—(*Volviendo a recoger el sobre.*)—¿Ya se lo vas a contar?

SANTOS.—No...

JUSTO.—¿Para qué la llamas?

SANTOS.—Para... para pedir un vaso de agua.

JUSTO.—¿A la señora de la casa? Cuéntalo. Si lo quisiera en secreto, no te lo habría dicho.

SANTOS.—¡Te agradezco esta franqueza!

JUSTO.—Ya ves que la mereces. Cuéntalo.

(*Mutis por el foro.*)

ESCENA VI

SANTOS: MARCELINA por la izquierda.

MARC.—¿Llamaba?

SANTOS.—Justo consiente en la boda.

MARC.—(*Echándose en brazos de Santos.*)—¡Ay, qué alegría!

SANTOS.—(*Separándola.*)—No se le vayan a haber olvidado más papeles y se le antoje que es un caso de infraganti...

MARC.—Pronto desvaneceríamos tal suposición.

SANTOS.—Yo estoy por prevenir. Es más prudente con estas personas rijosas...

MARC.—¿Es seguro su consentimiento?

SANTOS.—Sí.

MARC.—(*Llamando.*)—¡Candelas, Candelas!

SANTOS.—Pero tenía la pretensión de que no se lo contara a ustedes. ¡Como si fuera posible el ocultar una noticia! Eso es desconocer en absoluto el corazón humano...

MARC.—¡Y una noticia tan buena!

ESCENA VII

Dichos: CANDELAS y ASUNCION, por la izquierda

CAND.—¿Qué, mamá?

MARC.—¡Tu padre consiente en la boda!

CAND.—(*Abrazándola con impetu.*)—¡Ay, mamá!

MARC.—Santos lo ha conseguido.

SANTOS.—Servidor...

CAND.—(*Abrazándolo con impetu.*)—¡Padrino!

SANTOS.—Y malo será que no arregle también lo de Asunción.

ASUN.—En otro momento, que para éste ya tenemos gozo suficiente, y a cada hora le basta una alegría...

CAND.—(*Abrazándola con impetu.*)—Cuanto antes, cuanto antes, que a cada hora le basta

una alegría, si, pero a todas las horas le sobran las tristezas. ¡Y yo, que soy feliz, no quiero una pena en los míos!

MARC.—(*Aparte a Santos*).—¿Pero usted vé qué genio? Ya es feliz, ya se le borraron los disgustos y ya está alborotando la casa.

SANTOS.—Y hace perfectamente. Nadie aguarda para sufrir por un dolor, pues torpe sería aguardar ni un minuto para alegrarse por una felicidad que ya ha venido.

MARC.—Mirándolo así...

ESCENA VIII

Dichos: RAMONCHO, por el foro.

RAM.—Buenas tardes...

CAND.—(*Corriendo a él*).—¡¡Consienten!!

RAM.—¿Sí?

(*La abraza fuertemente*).

MARC.—(*Riñendo*).—¡Ramoncho! — (*Viendo que no la escuchan y siguen abrazados: a Santos*).—¿Le parece a usted que es modo este de entrar en una casa?

SANT.—No señora... aunque hubo muchos años en que sí me lo pareció...

MARC.—¡Válgame Dios!

SANTOS.—Y lo que les pasa, justifica esto y más.

MARC.—¡Más no! ¡Bastante es, don Santos! Asunción, hija, haz el favor de asomarte y avisarnos si ves que vuelve tu padre.

ASUN.—Voy, mamá.

(*Mutis. Asunción por la lateral en donde esté el balcón.*)

ESCENA IX

Dichos: menos ASUNCIÓN

RAM.—¡Se acabaron las penas!...

SANTOS.—Y se acabaron los abrazos, eh, que llevamos un ratito colgados unos de otros como si todos tuviéramos papel de goma en la ropa.

RAM.—(*Trayendo a Candelas de la cintura*).—Es que llega la felicidad, padrino.

MARC.—Lástima que no haya venido con menos intranquilidades de conciencia...

(*Se sienta, y luego todos*).

RAM.—La conciencia es oportunista...

MARC.—¡Jesús!

SANTOS.—Y da consejos bien distintos. Al ermitaño le dice que desprecie los bienes terrenales, y al padre de familia que los busque para

el bienestar de sus hijos; al sacerdote le dice que absuelva, y al juez que condene; a todos nos dice *no matarás...* y al soldado le dice que *mate.... etc...*; y como no se puede estar en lo cierto con opiniones tan distintas...

RAM.—Alguno ha de estar equivocado...

SANTOS.—A no ser que lo estén varios... o...

MARC.—(*Severa*).—¿O...?

SANTOS.—O... oj... j... ha sido un poco de graspera. No iba a decir nada más.

MARC.—Ya sabe usted que no tolero ciertas bromas.

SANTOS.—Ni yo las gasto; precisamente yo guardo un respeto muy rígido a los dos principios fundamentales de la sociedad, que son: la religión, porque nos garantiza la vida futura, y la Guardia civil, porque nos arregla bastante la vida presente.

RAM.—Has dado en el clavo, padrino.

SANTOS.—Gracias, ahijado.

RAM.—Y vamos a lo importante, que es el formar nuestros planes. Primero, viaje de novios.

SANTOS.—Hombre, no; primero casarse.

CAND.—Tampoco; si me dejan a mí que lo organice, lo primero de todo es pedirle perdón a mamá...

MARC.—Y a papá.

CAND.—A los dos.

RAM.—Sólo que a papá hay que pedirle también perdón por los disgustos que él nos dió a nosotros.

SANTOS.—Idem de clavo, discípulo.

RAM.—Son tus enseñanzas, maestro. Mi propósito, pues, consiste en que viajemos.

CAND.—¿Mucho tiempo?

RAM.—¿Mucho tiempo? *Unos...* siete mil pesetas.

SANTOS.—Es un plazo razonable.

CAND.—Ya verás lo que duran, porque no pienso gastar en mí ni un céntimo.

RAM.—Y yo en ti solamente...

CAND.—¿A que volvemos con las siete mil pesetas?

MARC.—Como no volváis a pie...

CAND.—Y quizás resultara precioso...

RAM.—¿Quién lo duda? Tú y yo por esos caminos, bebiendo agua en los arroyos...

CAND.—(*Entusiasmada*).—Durmiendo en las cabañas, sesteando en los oteros y en las pomaradas...

SANTOS.—Seguid en quintillas, hijos, en quintillas, que en prosa ya veréis lo que son los ote-